

## ORDEN Y CLARIDAD DE UN PAISAJE LLAMADO MEDITERRÁNEO

### Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando leído el día 5 de noviembre de 1978

Señores académicos:

PERMITIDME, ante todo, que os dé las gracias breve y sencillamente como corresponde a un pintor del campo. Me siento en este momento realmente emocionado y me resulta difícil encontrar la palabra justa y suficientemente expresiva para corresponder a la medida de vuestra cordialidad. Me tranquiliza saber que conocéis, por haberlo vivido, todo lo que se siente en el momento en que yo me encuentro ahora, y el peso del compromiso que se adquiere frente a uno mismo y a los demás al acceder a tan elevado honor.

Cuando tuve conocimiento de que había sido designado para cubrir la vacante producida por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. José Aguiar, me pregunté qué significaba para mí ingresar en esta Real Academia y muy especialmente sentarme en el sillón que dejara vacante tan ilustre maestro. ¿Acaso el reconocimiento de unos méritos muy men- guados aún, quizá por mi impaciencia y por la certeza, en palabras de Frax, de que los años son cortos, así como la vida, para una total plenitud? Poca cosa es, ciertamente. ¿Qué me toca pues de este honor –como diría Laín– sólo a medias y aun a tercias merecido?

Por eso quiero agradecer vuestra designación que tanto me obliga a justificar con obras lo que sólo es en mi espíritu ilusión esperanzada. Que una dilatada y fecunda vida pueda ayudarme todavía a cumplir esta exigencia. Y en esta esperanza, al expresaros mi agradecimiento, no sólo cumplo con un rito tradicional, sino que a la vez cobra en mi espíritu toda su dimensión la responsabilidad adquirida.

Sea mi primer pensamiento para el llorado José Aguiar. Ese pintor español, nacido en Cuba, tuvo como marco de adolescencia las bellísimas Islas Canarias, la Escuela de San Fernando y el estimulante complemento de las horas pasadas en el estudio de José Pinazo. Después, incesantes viajes y la dura lucha de los concursos de pintura: en la Nacional de 1926, una tercera medalla; en 1929, la primera medalla; tres años de trabajos en Italia; Premio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid en el Concurso Nacional de Bellas Artes; medalla de oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes; la pensión Conde de Cartagena concedida por esta Real Academia; más viajes, más reconocimientos; la Fundación March le concede una Beca para realizar el monumental cuadro composición *Los Ángeles y los monstruos* que figura en la Hemeroteca Municipal de la Plaza de la Villa; y finalmente, el ingreso en esta Real Academia. De él dijo Lafuente Ferrari: "La guerra, la muerte, el Apocalipsis son el crescendo de la obra de Aguiar en los años posteriores a 1945", y en esta frase, además de una estupenda definición de su obra, se encierra también la definición de una lucha y de un esfuerzo gigantesco.

Una infrecuente biología de pintor le condujo a la concepción de los grandes formatos. Desde el Alto Renacimiento no se intentaba la magnitud física e intelectual de estas grandiosas proporciones. Le conocí en el año 33, cuando empieza a nacer en su obra la dimensión colosal. Sus ensayos a la encáustica dieron a sus obras una ternura realmente primorosa que hizo posible –al enriquecer esta nueva materia– unas realidades poéticas de la más alta calidad, de las cuales pudo decir Camón Aznar: "La coloración es opulenta y fundida, sin desabrimientos, pero sin ahorro de destellos". Efectivamente, pocas veces se habrán dado juntas la riqueza de color y la ondulante fiereza de sus empastes.

Sentí desde aquellos años de mi mocedad, al entablar conocimiento personal con el maestro, el más cabal entendimiento de su mundo de pintor y de su realidad personal. Aguiar me pareció siempre –y lo digo como el mejor de los elogios– un niño; pero un niño dotado del más fecundo bagaje cultural que se evidenciaba en todos los momentos de su inquieta aventura creadora. A este respecto dice el agudo crítico Faraldo: "Creo encontrar en esta obra dos intenciones: una se refiere al hombre ante el problema de la pintura; otra, al hombre ante el problema del hombre. Aquella es profesional; esta otra, filosófica. El cuadro no es concebido como un enigma, sino como una tribuna o escenario. Este afán de comunicación lleva sus ejecuciones a los extremos más espectaculares, incluso más declamatorios".

Creo que en sus últimas obras, síntesis de su experiencia y de su visión del mundo, consiguió Aguiar una insospechada y escalofriante dimensión. "Su alma –repetiendo las palabras que Gullón dedica a Regoyos– permanecía esperanzada, en disponibilidad, como la de un muchacho, cuando ya su cuerpo se vencía por la proximidad de la muerte."

La última vez que nos vimos en el estudio del maestro Mosquera, en Aravaca, me dio un abrazo diciendo: "Tienes que llegar muy pronto a la Academia". Hoy me siento lleno de tristeza, al pensar que mi presencia aquí se debe a su desaparición.

Permitidme ahora un esbozo histórico de lo que para mí representa la gran realidad de la Escuela Valenciana de pintura. Sin pretender ser demasiado historicista, el punto de partida lo hallaríamos, según mi criterio, en la creación del edificio principal y más representativo del italianismo valenciano: El Colegio del Corpus Christi, llamado popularmente "el Patriarca", por el título de su fundador, San Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia y Patriarca de Antioquía. Las obras se prolongaron desde 1519 hasta 1604, siendo Guillen del Rei el autor del majestuoso claustro de columnas de mármol genovés. Del mismo arquitecto es la Iglesia, cuya cúpula de tejas blancas y azules, construida en 1602, es considerada por Sanchis Guarner como la más antigua del Reino de Valencia. Sus muros, revestidos por las pinturas del castellano Bartolomé Matarrana, añaden de manera muy singular una decoración de grandilocuente factura.

El Colegio del Corpus Christi constituye el exponente más brillante de aquellos fecundos siglos dieciséis y diecisiete valencianos. Los Zariñena, los Ribalta, los Orrente, aún se pueden contemplar en la estupenda instalación de su Museo, junto al Greco y algunas tablas flamencas de singularísimo interés. ¡Riquísimo patrimonio del Colegio, obra predilecta del Santo!

La reunión de todos estos grandes maestros de la pintura y la arquitectura, propiciada por San Juan de Ribera, dio lugar a lo que considero la más alta cota de la escuela valenciana de pintura. Desde el siglo XV hasta finales del XVIII Valencia fue un gran lujo del espíritu.

Esta herencia tan fecunda, esta raíz tan vivificadora, tuvo feliz continuidad, muy posteriormente, dos siglos más tarde, en la generación de Sorolla, Pinazo y, en otro orden de cosas, con Teodoro Llorente, Blasco Ibáñez y, unos años más joven, López-Chavarri Marco, compositor de penetrante sensibilidad, Catedrático de Estética Musical del Conservatorio de Valencia, y durante muchos años el más calificado crítico de arte del diario La Provincias. En López-Chavarri se hace realidad la agudísima frase picassiana "se necesitan muchos años para llegar a la juventud"; por su portentosa vitalidad, por su increíble capacidad de ilusión, tuvo que ser espectador apasionado de toda su época: ¡son para Valencia los años radiantes del "Art Nouveau"!

Esta Valencia configuró la mocedad y el sugestivo talento de dos colosos: Sorolla y Pinazo, que iniciaron, uno en Jávea y el otro en Godella, la primera aventura del paisaje mediterráneo, algo que está tan magníficamente compendiado y expresado en estos versos de José Luis Hidalgo:

Sólo es enigma la bruma  
de esta sencilla verdad:  
que el cielo es la claridad  
que el mar a la tierra suma.

Hacia el año nueve, Joaquín Sorolla instala su caballete frente a las costas más solitarias de Jávea. Son unos años en los que Sorolla realiza hermosísimos y vibrantes paisajes que podrían figurar junto a las más importantes obras del Museo de los impresionistas de París, el famoso *Jeu de Paume*. Aunque, en mi opinión, Sorolla no participó nunca de la filosofía que motivó las realizaciones de los impresionistas franceses, ya que pienso, con Lafuente Ferrari, que Sorolla fue más bien un "realista a plena luz".

Pues bien, frente a ese mar, como dice el poeta de Oliva, tan cercano a Jávea, Francisco Brines, nace la realidad del paisaje mediterráneo contemporáneo:

Porque todo va al mar  
y larga sombra cae  
de los montes de plata,  
pisa los breves huertos,  
ciega los pozos,  
llega con su frío hasta el mar.

Son los años más fecundos en profundidad del talento creador de Sorolla. Él hizo posible en estos paisajes de Jávea, con penetrante y riguroso arrebato, la transformación de su peligrosa escenografía en expresiva calidad de pintura. Se aparta por fin de los temas artificiosos, abandona sus composiciones de guardarropía y deja para el olvido tanta pintura española de Entierro de Cristo, Dos de Mayo y muchos otros que cuelgan su aburrimiento en la penumbra de cualquier Museo o Diputación Provincial. "Las figuras y los colores se estremecen vitalmente en la superficie del lienzo. Todo es vida en la obra de Sorolla y Blasco y la vida es un proceso de rebosante exteriorización", escribe Laín. Sorolla "agota" su paisaje. Su posterior reiteración no condujo más que a una fórmula. Secuela inevitable de todos los grandes creadores, como Rosales, como Hierro, como Gerardo Diego, como Gutiérrez Solana, como Regoyos... ¡como Sorolla!

Otro coloso del País Valenciano, Ignacio Pinazo, surge desde Godella, en el sosiego vital de su pueblo de luz blanca y puertas entornadas, con más música de Vivaldi que del maestro Serrano. Sobre la verde llanura de la vega levantina, donde este paisaje sugestivo, pero a la vez, como diría Ortega de modo preocupante, "paisaje de propietarios", hizo posible la gracia menguada de una luz tan metálica y tan blanca. Desde ese momento quedará marcado para siempre como el solitario de Godella. En él, el naturalismo se hizo más intimista y más penetrante, no fue nunca victimado por tanto sol enloquecedor, realizando en todo momento una pintura de valores más esenciales, una pintura en que la vida fuese posible y no el caos.

Sus pequeños cuadros con figuras al aire libre son, posiblemente, lo más revelador de nuestro paisaje en su momento. Estos logros de felicidad, de gozosa presencia del color, del más puro perfil naturalista, perduran hasta los últimos años de su vida en la que, rota prácticamente su realidad física, nos va descubriendo en fecundas y estremecedoras jornadas, el misterio más penetrante de su pintura. Pienso en la última caricia de sus ojos a todas las cosas que tanto había amado: Godella, el mar, la huerta, los arrozales, en despedida estremecedora, colosal... Mi reconocimiento más emocionado a estos dos valencianos universales.

No pudo Sorolla imaginar que sus paisajes de Jávea y los que posteriormente pintara en la Malvarrosa iban a desencadenar en un futuro un mundo de soles, de irisaciones, de caprichosos amarillos de cadmio que llevarían el desorden y la falta de claridad a un paisaje entrañablemente viejo, pero puntualmente renovado cada mañana. Tampoco Pinazo, hombre de mayor sosiego que Sorolla, pudo pensar que su seguridad y su talento llevarían la gracia ¡y hasta la travesura! de su especial concepción de la luz, a la habilidad, y finalmente, a la "fórmula". Ambos arrastraron tras de sí una constelación que en el caso de Sorolla no pasó de ser una navegación de cabotaje, cautelosa, segura, sin riesgos; y en la sugestiva "costa" de Pinazo acabó dominando una pintura de delicioso toque rápido y preciosista, iniciada en Navarret para crear lo que hemos venido llamando escuela de Godella.

Afortunadamente, otros maestros del País Valenciano supieron reaccionar, quizá por una mejor información de las nuevas tendencias de la pintura europea, realizando una revisión que impusiera orden y claridad a esta entrañable y vieja geografía.

También, en otro orden de cosas, es justo reconocer la presencia deliciosa de una pintura de bodegones, flores y marinas, generalmente romántica y algunas veces melodramática. Una pintura más bien de cercanías y de grandes fervores locales; una pintura, en definitiva, en que fue más patente el ensueño que la vida.

El paisaje, la tierra, dominaban y dominan nuestra pintura, nuestra literatura, como en los versos de Vicent Andrés Estellés:

*...Els verds xiprers del calvari, unes pedres,  
emblanquinats casalicis, i enllà  
més horts, més pobles, un cel admirable...*

Viejas rutas, viejas tierras: Antella, Játiva, Gandía, Oliva, Jávea, Bétera, el Saler (Valencia), hasta Almería...

Yo he recorrido despaciosamente todas estas hermosas y a veces patéticas tierras que dibujan la ribera de nuestro mar, desde mi pueblo natal, Antella, allí donde el Júcar muere para vivificar los dieciocho términos municipales que son regados por la acequia Real, cuyas aguas, ya amortizadas, van a morir al mar en esos crepúsculos inigualables de su desembocadura en Cullera. Muy cerca está L'Estany, con su melancolía y sus brumas; un paisaje de largas sombras, de misteriosas opacidades. Desde mi pueblo arranca, serpenteando, una carretera bordeada de naranjos y arrozales, hermosísimo paisaje vegetal, que nos va subiendo por el puerto de Cárcer a las tierras altas que configuran el Valle de Albaida y a la rítmica sucesión de montañas de La Costera, cuya capital natural es Játiva.

Játiva es una ciudad vieja, monumental, cargada de historia, una ciudad detenida, ensimismada, con su lealtad al pasado y con una especial y aristocrática indolencia. Posee un exquisito equilibrio de cautelas frente a todo progresismo desahogado. Una ciudad que nos permite gozar ¡hoy! del singular paisaje urbano de sus callejas, de sus bellísimas

plazas, de sus fuentes y de sus casonas solemnes. Vivir ese silencio, sus noches y hasta cierto fatalismo ambiental, es una delicia y hasta casi un hermoso peligro. La ciudad se levanta ligeramente sobre una vega verde y luminosa. Fascina la amplitud de este paisaje que se extiende ondulante desde Genovés hasta Llosa de Ranes. Por la parte posterior a Sierra Vernisa se dibujan, sobre el azul cobalto de cada mañana, las tierras altas, blancas y calcinadas, antiguas, en sus calidades más representativas y esenciales: de cualquier hondonada de estos secanos altos del Valle de Albaida surge una solución de malvas, amarillos y verdes que estructuran con la más poética esencialización un paisaje tan viejo y tan sorprendentemente renovado cada mañana...

de humildes briznas de yerba  
de esas que nacen  
en el monte bajo.

en versos de Clara Janés.

Estas tierras nos llevan, como todo camino del País Valenciano, hacia el mar por las rutas de Gandía y Oliva cuya hermosura vegetal nos da, quizá, el acento más metálico de la luz mediterránea...

*...azules resurrectos, las paradas  
barcazas y aquel mar hace dos años,  
volvéis igual que lo hace el sufrimiento...*

como dice López Gradolí.

Hemos dejado nostálgicamente la sugestión más clara y silenciosa de ese festonear azul de montañas levantinas que tan singularmente van dibujando esta geografía.

Este paisaje tan poco espectacular, tan modesto, tan íntimo y tan dramáticamente palestiniiano, como nos revelaría el enardecido Gabriel Miró, hace que el hombre mediterráneo que lo cultiva viva y muera sin apartarse jamás de él. No he conocido nunca una lealtad más entrañable. Este cultivador de algarrobos y olivos y de viejas y retorcidas higueras, de esta tierra, milagrosamente florecida cada primavera, filósofo de la claridad y de la medida, este hombre silencioso como la densa sombra de su resignación, nace, vive y muere, desdeñando todo espectáculo, desconfiando de toda simulación. Recobraron el juicio hace siglos; por eso son seguros, consecuentes y justos con su destino. ¡No he visto otras tierras más hermosamente habitadas! Mi preocupación personal y la de toda mi generación de poetas y pintores al descubrir hace años la belleza de este paisaje patético, oculto, fascinante, significó para todos nosotros la posibilidad y el nacimiento de una nueva pintura. Paisaje de la creación como todo paisaje de grandes soledades; ritmos vegetales azotados por todos los vientos; verdes y más verdes buscando una luz "que no viene de lo alto", o como diría Miguel Hernández:

*Cielo tan hermoso que de terciopelo,  
de cristales límpidos y turquí parece...*

Paisaje intenso, sobrecogedor, de silencio y de extraños e insólitos espejismos. Más cerca del mar, barcas destrozadas por la implacable erosión de los vientos, "¡qué lejos de ellas la canción y el ritmo!", dice Laín; setos de puro cañizo, esfuerzo inútil y patética la brega de estos hombres de la ribera del mar. Todo es ritual, todo es renovado y hasta casi litúrgico en su piedad y en su melancolía...

Nos hemos acercado al mar, a esa primera franja desértica de los arenales que tanto me apasiona. Combustión increíble de soles y vegetación primitiva, lindando mar por medio con África, como anecdótica y jurídicamente dicen las escrituras y los protocolos notariales de estas tierras.

Mi actitud como pintor, frente a esta locura de luz y de soledades fue, desde el primer momento, una decidida reacción hacia el orden y la claridad. Un rigor cuaresmal que me llevaría, años más tarde, a una apasionada búsqueda que hiciera posible el rescate de esta bella franja del paisaje mediterráneo. Nadie como Luis Rosales ha interpretado esta lucha por captar, esencializándola, la luz:

*El aire inerme  
se quema sin arder.  
No hay sombra alguna  
que levante en el campo sus paredes.  
La luz nace en el cuadro.*

Mi problema en todo momento, ha sido la intensa y brillante luz del paisaje mediterráneo, hacer una escala rigurosa y expresiva de esa claridad y, como digo en el título de esta disertación, ordenar la presencia de esa luz en su simplicidad destellante para que las luces sean luz, integradas en el misterio de la luz única, la primera y la última de un paisaje que siempre considero de los más venustinos del Mediterráneo y al mismo tiempo admito que es un paisaje que brota cada día sin rutina ni cansancio, como una devoración leonina de la tierra. Pero el hombre pintor, por humano y por artista, tiene que liberarse de estos zarpazos ofuscadores, de estos fieros mordiscos, de estas reverberantes hogueras que son el zarzal de las flores quemantes, esa pavesa que es la arena como nube abrasada diluida en polvo. Me interesa la luz, y mi pintura es la lucha por transformar esta luz que tiende al nirvana disgregador en encendida vigilia del éxtasis reflexivo, más que panteísmo, pleamar, con su revoltijo de flores y matujos ardidados por la intensidad del cielo y de la tierra juntos, hasta lograr una gradual ontología del mirar y el ver, como si la luz hablara dentro de los seres naturales, sean raíces o flores vistas desde el vislumbre de la metáfora montada sobre una realidad desnuda. La luz –para mí– es un misterio más, y tanto para los sentidos como para la inteligencia, y la luz es, más que vida, espíritu; más que sensación, percepción; tanto como relumbre del sol, premio para una imaginación que sujeta las bridas para pensar y sentir más hondo, hacia dentro.

Siguiendo el paisaje de nuestro litoral y viendo la serenidad, el sosiego y la claridad de sus pueblos salpicados por la cúpula azul de sus iglesias, quiero recordar primeramente a Jávea. Nada hay tan rutilante y sugestivo para que un pintor trabaje en Jávea como el otoño; su luz, su azul, ciertos amarillos y profundos grises, serenan una geografía realmente dramática. No he visto tierra más vieja que esa gran parcela que se extiende desde el Cabo de San Antonio al de la Nao... la gran claridad de este paisaje, su hermosura visual y hasta su escenografía no ocultan la dureza de su costa, lo áspero y fragoso de sus acantilados... No, esto no puede ser un "paisaje de propietarios", este es un paisaje sin deterioro desde la Creación. ¿Conseguiré el mal gusto alterar en su esencia expresiva lo

que de soledad grandiosa tiene el Mediterráneo en los acantilados del Portichol...? No lo creo; estas altas cumbres del Cabo de la Nao están "habitadas" por seres ensimismados y vientos enloquecedores. Hombres del campo y de la mar fueron realizando sobre este paisaje sus esquemas vitales más dramáticos. Nunca habrá en ellos "distracción": son serenísimos, cautelosos y antiguos. Frente a estas duras tierras y estas piedras que milagrosamente nos dan en otoño sus increíbles malvas y sus amarillos, se levanta como guardián, como esfinge, el Montgó, montaña sagrada del pueblo de Jávea, el pueblo más claro y luminoso quizá de todo el paisaje mediterráneo. ¡Con qué nitidez se dibuja, sobre el azul de cada mañana, la nobleza rural de sus piedras... de su "tosca"! ¡Y cómo nuestra mirada va descubriendo en la blancura de sus calles el silencio de sus casas y de sus tapias más extremos! Todo es permanente y antiguo como su luz y su mar. Todo es griego: sus hombres y su sabiduría, sus amores, sus alegrías renovadas y hasta sus lutos eternos...

Desde aquí podemos comenzar a entender el paisaje mediterráneo contemporáneo.

Otra geografía especialmente entrañable para mí, por haber residido tantos años en ella, es la que se levanta desde Bétera –en donde se encuentra mi casa-estudio– hasta las alturas del Rincón de Ademuz (Casinos, Liria, Calles, Villar del Arzobispo...), paisaje específicamente mediterráneo por el notorio presentimiento del mar desde los secanos altos y pedregosos de esta tierra.

Y el Saler, paisaje característico de Valencia, insólito y virginal desde la Creación, festoneado en su costado occidental por la Albufera, con sus cañares de pureza oriental y ciertos espejismos que, junto al ritual faenar de pesca y el lomo metálico de sus aguas en las horas crepusculares, nos traen el recuerdo del bíblico lago Tiberíades. Toda la más hermosa gama de verdes, de amarillos, de malvas, de floraciones insólitas, salpican y dibujan este singular y hermosísimo paisaje de Valencia.

Qué preocupación me produce el hecho de que un mal gusto implacable, presidido por un nuevo lujo "mesopotámico", diera al traste con la más vieja, íntima y clara franja del paisaje valenciano.

Señores académicos: Durante cuarenta años llevo establecida una dura lucha frente a este paisaje para hacerlo pictóricamente más respirable y liberarlo definitivamente del tópico del griterío y de la mascarada. Presiento que en esta lucha quizá tenga que fundir mi propia vida en estas claridades. Esto, en definitiva, no importa mucho: lo que me tranquiliza es pensar que el hombre creador renueva y reafirma su fe y su esperanza, frente a sus dudas... y más allá de sus lamentables equivocaciones.

Continuando mi andadura por las quemadas tierras que van desde Altea hasta Almería y sus soledades, reflexioné sobre esta última parcela del Mediterráneo: la tierra se vuelve misteriosa y de sobrecogedora vastedad. Ondulante y quebrada en su lejanía, enigmáticamente tutelada en su silencio y sus siglos por ese tótem indaliano que litúrgicamente capitanea Perceval y su grupo de pintores... Paisaje difícil por su misma y grandiosa dimensión. Peligroso por el bello espejismo de su escenografía. Tierra para ser penetrada, tierra para poetas, tierra para pintores. Comprender sus insólitas intemperies sin que el ensimismamiento o la congoja, derivados de su perturbadora magnitud, puedan rendirnos o anularnos, será, en todo momento, la más excitante experiencia en este bello y desolado fragmento de nuestro Mediterráneo.

Nuestro mar ha ido dibujando en esta dolorida orilla de su más vivo costado oriental, los más increíbles azules de su repertorio.

Señores académicos: yo no soy más que un pintor y aun esto con la preocupación y la amargura de quien quiere serlo de verdad, por eso confío en que la altura intelectual, la comprensión y la bondad de ustedes llenarán de luz las sombras de mi limitación.

Durante toda mi vida he intentado inventar mi propia pintura cada mañana huyendo del aturdimiento multicolor para no caer en el delirio y la equivocación. Por eso nunca pude comprender el estado de confusión y anarquía cuando hacia los años treinta llegué a la ciudad y a la pintura. Pensaba en Ribalta, en Sorolla, en Pinazo, en la alegría, en el rigor y la claridad de esta tierra. Y la lucha ha sido tenaz y rigurosa: estas claridades y sus dominios exigían el rescate de su verdad a precio muy elevado. Mi permanente envite a esta deslumbrante y cegadora geografía me hizo meditar en mi camino... y una irresistible nostalgia del orden y la claridad me llevó a experimentar y a crear una pintura en la que el rigor y la medida dieran su verdad y fueran sus valores esenciales. Todo esto exigía una resuelta actitud de aprendiz, una enfebrecida vocación para poder transitar por mundos tan peligrosos. Porque, señores académicos, hay muchas maneras de hacer pintura, pero hay una especial de deshacerla: la habilidad.

Y nada más. La pintura contemporánea debe seguir ese ritmo tumultuoso de su nacimiento. Y el paisaje mediterráneo su esencialización hasta sus límites más respirables. De modo definitivo creo que la mayor genialidad para trabajar en estas tierras será siempre el rigor ante la inevitable fiereza de su color y de su luz. Porque permanecer en puerto, cómodamente varado, es precaución sin riesgos que generalmente comporta beneficios, pero a la hora de pintar, con toda seguridad, resulta inmoral.

Esta vida apasionada que ha gozado siempre de la eclosión de la pintura contemporánea en todas sus dimensiones, que no detuvo su trabajo un solo momento, que no encontró mejor pauta de entrega que la de la soledad consigo mismo, esta vida, digo, hoy siente renacidas sus energías y su sensibilidad porque no ha habido para ella un solo momento considerado definitivo.

"La pintura como pasión –dice agudamente Faraldo– es una categoría más alta que la pintura como afición y como oficio. Supone razones más definitivas."

Y digo yo: Nuestra vida y nuestra obra no pueden más que depositar toda su confianza en la nunca detenida renovación de la sorpresa ante el trabajo de cada mañana. Esta debe ser la verticalidad más luminosa de toda nuestra jornada o, como patéticamente dice Castillo-Puche, "la verticalidad de una espada que establezca la separación entre vergel y desierto, entre delicia del color y dramatismo de la torrentera", ardua empresa y pavorosa tentación ante las limitaciones de la capacidad creadora. Pero este secreto heroísmo no espera el aplauso ruidoso a su amargura. No será jamás espectáculo. Es más: tendrá que defenderse de toda publicidad alienante que haga posible un consumismo rentable o que pueda contribuir hábilmente al establecimiento de una ceremonia de la confusión. Éste deberá ser siempre un intenso y solitario drama. Éste será siempre el más sugestivo y obsesionante quehacer. Será nuestro propio suspense. Será, señores, la razón alta de una vida de pintor.